

Queridas hermanas, queridos hermanos:

Mis primeras palabras quieren ser un agradecimiento por la invitación a celebrar esta eucaristía con vosotras y vosotros, para dar gracias a Dios por estos diez años de vuestra Asociación.

Hace una década un grupo de religiosas, siempre las mujeres pioneras de la ternura y la compasión, de diversas congregaciones, con la fuerza de la comunión, os comprometíais con un proyecto para construir esperanza. Una esperanza para los más débiles, para los más desasistidos, para los que siempre están esperando una mano samaritana...Un proyecto para construir puentes entre muchas orillas diversas: diversidad de culturas, de religiones, de razas...incluso un puente entre diversas congregaciones religiosas, para aunar energías y borrar protagonismos. Uno solo debía ser el protagonista de este esfuerzo de construir puentes: la persona humana, que Dios creó y Jesús elevó a la categoría de hijo de Dios. Ayudar a darles dignidad, ayudar a que ellas mismas se sintieran poseedoras de esa dignidad de ser persona, criatura del supremo Creador.

Habéis hecho bien en querer celebrar estos años de nacimiento y desarrollo. Dar gracias por lo realizado, examinar con gratitud lo que haya que mejorarse, apasionaros por el presente y mirar con esperanza el futuro, porque los puentes deben llegar a todas las fronteras, para lograr que ellas no sean muros y alambradas, sino corazones y manos amigas.

Vuestro futuro lleno de esperanza está anclado en la solidez de los principios de vuestra asociación de religiosas, laicos y laicas. Y el primero de todos, al que ya he aludido: la perspectiva desde la que queréis mirar al mundo en vuestra tarea de establecer puentes, relaciones justas entre los seres humanos. Nuestra mirada al mundo y a su complejidad, no puede ser desde otro ángulo que no sea el de la persona humana. Se puede decir que la opción preferencial por los oprimidos, los injustamente tratados, no puede tener otra perspectiva que la de la persona, “creada y amada por Dios”; ya que la dignidad del hombre y de la mujer tiene su raíz en el designio creador de Dios: los creó a su imagen, a imagen de Dios los

creó, nos enseña el Génesis. Y alcanzan su plenitud en Jesucristo quien nos ha enseñado que Dios es nuestro Padre, y nosotros todos hermanos.

Pero esas personas viven en una realidad concreta, están sometidas a unas circunstancias a veces terribles por inhumanas, y hay que “hacerse cargo de esa realidad” como decís en nuestro ideario. Eso supone unas actitudes muy profundas que señala San Pablo en la carta a los colosenses que habéis elegido para esta celebración: “sentimientos de tierna compasión, de bondad, de mansedumbre, de paciencia. “Tierna compasión” que expresión más entrañable, que vosotras las mujeres entendéis mejor que nadie, porque sabe a “madre;” a Jesús, el hombre universal, se le conmovían las entrañas de ternura y compasión, ante el dolor humano, ante la viuda que lleva a enterrar a su hijo único, ante la muchedumbre hambrienta y desorientada, o lloraba ante la tumba de un amigo. Y es que hay que dejarse, como Jesús, tocar, golpear, herir, desangrar, crucificar... con profunda humildad, sirviendo, a los pies, y amando hasta el extremo, hasta dar la vida. Jesús se hizo cargo de nuestra realidad de pobres pecadores, de nuestra debilidad, de nuestros cansancios y nos invita a descargar en El nuestros fardos y nuestros pesares. Las cargas que El nos pone serán siempre llevaderas, ligeras...no son nuestras sino de sus preferidos, los pobres.

Pero la realidad nos entra por los sentidos y estos cuando no están evangelizados seleccionan automáticamente aquello que no nos interesa. Por eso, hay muchas realidades que “no vemos”, que “no oímos”, que “no nos gustan”, que “no nos huelen bien” o que “no tocamos”. Otras, en cambio, sí vemos, oímos, nos gustan, nos huelen bien, y tocamos o nos tocan. Lo que acabamos amando y nos acaba organizando la vida es lo que deseamos con el corazón y lo que aceptan nuestros sentidos. Nuestro trabajo de acción social no respondería a la dimensión evangélica si no tiene, en alguna manera, una presencia y una cercanía compasiva a las personas en la realidad en que viven.

No puede faltar, por tanto, en esta tarea el gran desafío de saber **mirar y ver** a las personas, **mirar** y ver a los pobres, mirar y ver a los inmigrantes, sentir en el corazón a los que sufren en su alma. Escuchar a quien no tiene voz. Mirar, ver, escuchar, estar donde ellos están. Mirar para descubrir la dignidad y el misterio que encierra cada vida, cada corazón; oír para escuchar la voz que tantos quieren acallar, sentir la tierna compasión. El P. Arrupe pedía al Señor que “le enseñase su modo de mirar”. Y es que Jesús mira a cada uno como si solo existiera él, con

una mirada siempre nueva, llena de ternura, una mirada conmovida que le lleva a la compasión.

En este trabajo no falta a veces la tentación del descorazonamiento, cuando chocamos con la magnitud de las necesidades y percibimos la debilidad de nuestros medios para derrocar las estructuras que generan tantas injusticias. Recordemos, entonces, que en “el fondo somos un pobre que, no teniendo más que algún pan y unos peces a su disposición, debe acudir en ayuda de una muchedumbre hambrienta.” Por eso, “sin un sentido pascual de nuestras acciones, la creciente solidaridad que compartimos se convierte fácilmente en un descorazonador sentimiento de frustración”. Un sentido pascual que incluye el “don de sí mismo que marca la realización personal de la tarea”, y un sentido profundo de gratuidad, porque se nos ha revelado, se nos ha dado a conocer, que el Reino es de los sencillos, de los pobres, de los que buscan la justicia y la paz. Se nos ha enseñado que sirve con amor y a los pies.

Demos gracias al Señor por estos diez años, y desde la humilde gratitud pidamos seguir por amor, estando donde hay que estar. Así sea.